

Asistencialismo versus Promoción

por Jesús María Silveyra

Parece mentira, pero todavía se discute en nuestro país si hay que “repartir pescado o enseñar a pescar”, para solucionar el tema de la pobreza. Los planes sociales sin contraprestación alguna son un buen ejemplo de que el debate no está concluido, por más tarjetas de plástico que se instrumenten. El meollo de la cuestión pasa básicamente por la intencionalidad política y es esta la que debe ser modificada, pero claro, es difícil pedirle peras al olmo, porque la clase política prioriza el beneficio personal y no el servicio a la comunidad. Los políticos construyen poder con la pobreza y la ayuda social se convierte en herramienta básica para armar el supuesto soporte de representatividad. Punteros, funcionarios, intendentes, gobernadores y presidentes reparten auxilio a su buen saber y entender, siempre pensando en la conveniencia política: un voto en la próxima elección, la formación de la clac necesaria para organizar un acto, asegurarse un abrazo para la foto, o disponer de huestes callejeras a su antojo. En este juego de dádivas, pareciera que nadie se acuerda del hombre y de las consecuencias nefastas de tal accionar.

Al hombre hay que promoverlo en su condición humana y eso se logra básicamente mediante la educación y el trabajo. Desde que el hombre es hombre, nadie ha encontrado una mejor respuesta. Saber, conocer, aprender y poder aplicar ese conocimiento, sea en lo que sea, es lo que le permite trascender y reafirmar su condición humana. Así lo han entendido las sociedades pujantes que a lo largo de la historia han logrado amalgamar una cultura del esfuerzo. Porque cuando se asiste a un hombre sano sin exigir nada a cambio, normalmente se lo termina convirtiendo en dependiente de dicha asistencia. Y la dependencia de este tipo, lo termina esclavizando, convirtiéndolo en un rehén de aquél que lo asiste. El hombre sin trabajo queda anulado, marginado y excluido de la sociedad, convirtiéndose en un paria con los riesgos que esto acarrea y perdiendo su libertad.

Cómo generar empleo global es harina de otro costal y bien vale para otra reflexión. Lo que importa es que los recursos que hoy se utilizan para la asistencia social estén encaminados hacia la promoción del hombre, generando a la vez, perspectivas de salida de la pobreza y contribuyendo a la cultura del esfuerzo. Ejemplos sobran. Si hace falta vivienda y se cuenta con recursos para la compra de materiales, los beneficiarios de los planes sociales debieran ser quienes las construyan. Los trabajos comunitarios de todo tipo, son la base de un esquema de promoción social y esto lo saben bien las ONG en base a la experiencia aplicada. Por el contrario, la dádiva, cuando no se trata de casos de excepción (incapacidad, ancianidad, etc...), es el camino que lleva a la destrucción social fomentando la pereza y con ella la desvalorización del ser humano.

El mejor ejemplo de asistencialismo vacío, han sido y aún lo son, los planes para “jefes y jefas de hogar”, no sólo por la forma en que fueron repartidos (los escándalos al respecto son bien conocidos), sino por los efectos que produjeron al alimentar la formación del movimiento piquetero, sean estos “duros” (que reclaman más planes) o “blandos” (que manejan miles de ellos).